

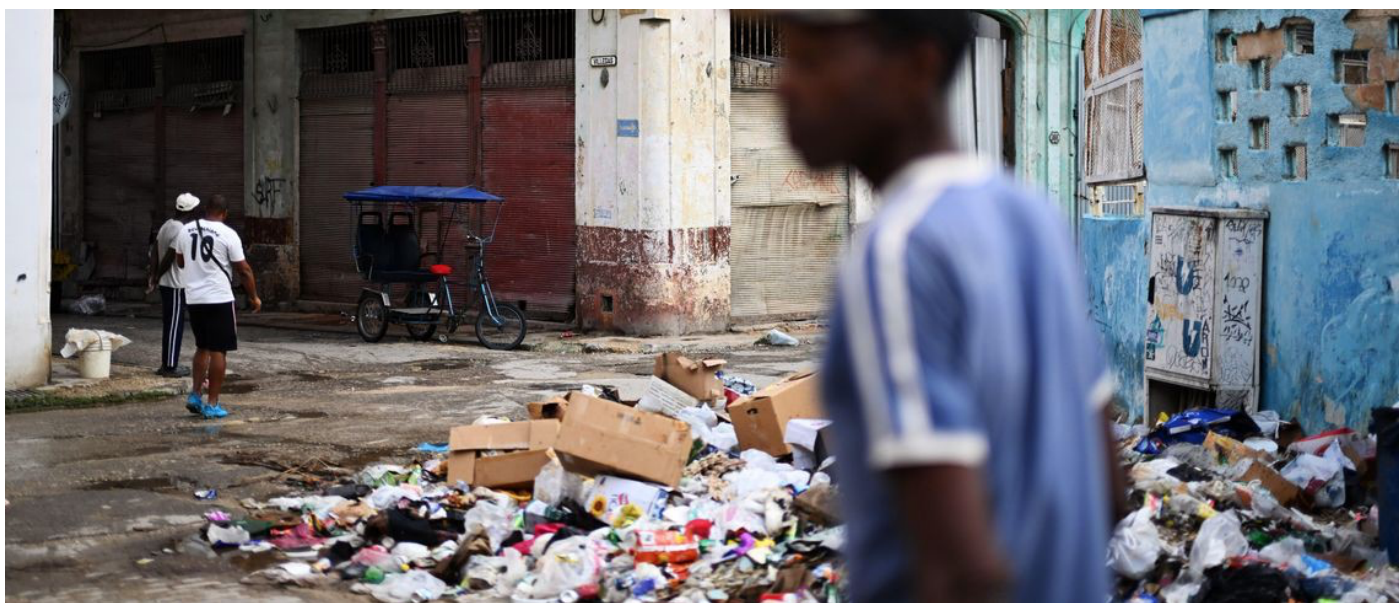


América Latina 19.02.2026 | [Bert Hoffmann](#)

Traducción realizada por Chat GPT (sin verificar por el autor)

En el estrangulamiento

Washington cierra el grifo del petróleo. Cuba se desliza hacia el colapso y apenas le quedan cartas en el pulso con Estados Unidos.



Cuba se enfrenta a una catástrofe humanitaria, a menos que alguien esté dispuesto a enfrentarse a Estados Unidos y suministrar petróleo.

La magnitud de la crisis difícilmente puede exagerarse. Estados Unidos bloquea prácticamente todos los envíos de petróleo a Cuba. En diésel, gasolina y queroseno, la isla caribeña depende al 100 % de las importaciones. Sin diésel no circulan camiones, los alimentos no llegan a las ciudades ni el oxígeno a los hospitales.

Los aeropuertos ya no disponen de queroseno; varias aerolíneas han suspendido sus conexiones con La Habana. La estrategia es clara: asfixia. En Estados Unidos, la extrema derecha celebra haber encontrado el "choking point" para doblegar finalmente a La Habana, 67 años después de la revolución de Fidel Castro.

Trump afirma que ya se está negociando, que Cuba es un "failed state" y que sus gobernantes deben aceptar un "acuerdo". Pero Trump dice muchas cosas. Sin embargo, incluso un análisis sobrio de las alternativas resulta inquietante. En esencia, hay cuatro escenarios:

Escenario 1: Cuba no recibe más suministros de petróleo. El gobierno puede imponer medidas de austeridad y apelar a la resistencia heroica. Pero sin nueva gasolina o diésel, la crisis actual se convertirá en pocas semanas en una catástrofe humanitaria. La Habana podría responsabilizar a Estados Unidos por ello. Y con toda razón. Con todos sus propios errores: ningún otro país caribeño soportaría un bloqueo petrolero de tal magnitud, independientemente del sistema político vigente. Pero ¿de qué serviría al final una asignación de culpas? Los costos sociales y humanos serían horrendos. Sin diésel, ni siquiera la ayuda humanitaria internacional podría trasladarse del puerto a las ciudades.

Escenario 2: Algunos petroleros llegan a la isla, ya sea desde Moscú, mediante compras en el mercado spot u otras fuentes. Esto podría aliviar el drama inmediato, sin duda. Pero la cuestión seguiría siendo: ¿en qué cantidades? ¿Y también a lo largo de un período más prolongado? Las amenazas de Trump con aranceles punitivos y la confiscación de buques cisterna indeseados han tenido hasta ahora un efecto disuasorio suficiente. También el apoyo de México tuvo que suspenderse tras la presión de Washington. ¿Quién querrá ganarse el enojo de Washington? Moscú afirma que quiere suministrar petróleo a Cuba, pero hasta ahora esto no se ha concretado, y las aerolíneas rusas también están repatriando a sus turistas y suspendiendo vuelos. Hasta el ataque militar de Estados Unidos contra Maduro el 3 de enero, Venezuela había suministrado el 70 % de las importaciones de petróleo de Cuba, además sin pago en divisas fuertes, compensado con las brigadas médicas cubanas. ¿Quién asumirá ahora ese papel?

Ya en Venezuela, Trump y Rubio ignoraron a la oposición y pactaron exclusivamente con la élite post-Maduro.

Escenario 3: El agravamiento desesperado de la situación conduce a protestas, disturbios y a la caída del gobierno. El sueño de los sectores duros en Miami. Pero pese a todo el descontento acumulado, la propia política de Washington frena la movilización. Ya en Venezuela, Trump y Rubio ignoraron a la oposición y pactaron exclusivamente con la élite post-Maduro. Si ahora Trump afirma que ya se está negociando con La Habana y que el régimen caerá por sí solo, ¿quién querrá arriesgarlo todo en la isla participando en manifestaciones o protestas? Ciertamente, puede haber estallidos de desesperación, rotura de vidrios o intentos de saqueo. Pero si el mensaje es que únicamente el duelo de poder entre Washington y La Habana decide su destino, resulta comprensible que la población prefiera asegurar su vida cotidiana día a día, esperar a que "los de arriba" tomen una decisión y, por lo demás, mantenerse al margen.

Escenario 4: Las negociaciones podrían levantar el bloqueo petrolero estadounidense. Aunque La Habana ha retomado la comunicación con Washington, un diálogo real aún está lejos. Primeros pasos parecen concebibles y no abstractos. El gobierno cubano podría decretar la liberación de cientos de presos que siguen encarcelados desde las protestas del 11 de julio de 2021, eliminar pasajes especialmente controvertidos del código penal, impulsar reformas de mercado o mejorar las oportunidades de inversión para los cubanos emigrados, todo ello sin cuestionar los fundamentos del sistema. Con ello no solo se atenderían intereses estadounidenses, sino también muchos de la población civil. A cambio, Washington podría permitir a México y a otros países realizar primeros

envíos de petróleo a Cuba, suspender restricciones a las remesas enviadas por los cubanos emigrados en Estados Unidos, etc. Se habría alcanzado así un primer hito.

Sin embargo, resulta difícil imaginar dónde podría encontrarse finalmente un denominador común que permita una distensión de la situación y una especie de "nueva normalidad". Desde la revolución de 1959, Cuba ha sido un símbolo para la izquierda en todo el mundo, pero también para la derecha en Estados Unidos. Ese símbolo quieren verlo caer. Trump no dice qué tipo de "acuerdo" desea. Pero puede suponerse con bastante certeza que implicaría que Cuba vuelva a situarse en la esfera de influencia de Estados Unidos y que en La Habana gobierne un ejecutivo afín a Washington.

Si Estados Unidos no quiere desplegar sus propias "boots on the ground", necesitará para ello las fuerzas de seguridad existentes del Estado: la policía, el ejército y el aparato administrativo.

Cuba está contra la pared. Su posición negociadora nunca fue tan débil. Sin embargo, Venezuela ha demostrado que Estados Unidos no solo busca alineamiento político y acceso a recursos, sino también imponer estabilidad. El gobierno en Caracas puede haber cambiado de rumbo, pero el ejército, la policía, el aparato estatal e incluso las fuerzas paramilitares han permanecido intactos. En Cuba esto no puede trasladarse de manera idéntica. Aun así, si Estados Unidos no quiere desplegar sus propias "boots on the ground", necesitará las fuerzas de seguridad existentes del Estado: la policía, el ejército y el aparato administrativo. Este activo vuelve a otorgar a la parte cubana cierto margen de maniobra en la mesa de negociación.

Y aun así: para llegar a un acuerdo con este gobierno estadounidense, La Habana probablemente tendría que cruzar muchas "líneas rojas". Pero con la desventaja de que siempre existiría la amenaza latente de que Washington vuelva a cerrar el grifo del petróleo.

Por su parte, el gobierno de Estados Unidos tendría que ser lo suficientemente pragmático como para permitir también a la contraparte una salida que le permita salvar las apariencias. Un deseo piadoso, considerando el poder en Washington embriagado por fantasías de omnipotencia. Los sectores duros de origen cubano en el Congreso estadounidense ya exigen que el Department of Justice procese al nonagenario Raúl Castro.

¿O al final podría acelerarse todo de repente? El bloque de poder en torno a la familia de Raúl Castro, junto con su red asociada, no solo controla el ejército y el aparato de seguridad, sino también el mayor conglomerado económico del país con diferencia: el holding militar GAESA.

En los años de profunda crisis invirtieron, con una determinación casi fatal, en la expansión de hoteles de lujo, trasladaron restaurantes estatales a su gestión privada y participan en los lucrativos supermercados en línea mediante los cuales los emigrados en Miami y otros lugares apoyan a sus familias en la isla. ¿Podría desembocar todo en un capitalismo que preserve sus privilegios económicos, con socios estadounidenses en el sector hotelero, mientras las viejas redes mantienen el control?

Cuatro escenarios que no parecen plenamente realistas en su totalidad y, sin embargo, con gran probabilidad uno de ellos —o una combinación— se hará realidad en un futuro próximo.

A menos que todos aquellos que actualmente, por miedo a convertirse ellos mismos en víctimas de la arbitrariedad trumpista, permanecen callados o en silencio, encuentren la manera de unirse. No por nostalgia de la revolución cubana, sino para demostrar que la discrepancia es necesaria cuando el gobierno en Washington pone en cuestión las normas elementales de la convivencia entre pueblos y Estados —ya sea en Groenlandia o en Cuba.



Bert Hoffmann
Berlin

Professor Dr. Bert Hoffmann ist Lead Research Fellow am GIGA German
Institute of Global and Area Studies in Hamburg und Honorarprofessor
an der Freien Universität Berlin